

recuerdo; brillaron sus ojos, enrojéronsele las mejillas, juntó estrechamente las manos entrecruzando los dedos, y sin apartar la vista de aquel sitio, movía lentamente la cabeza en ademán pensativo, cual si quisiera afirmar la certeza de todos los recuerdos que, encadenándose los unos con los otros, se iban despertando en su mente. Sí, sí, aquel sitio era precisamente el mismo al que viniera con ella una tarde, á puesta de sol, á pesar de las advertencias de su madre: «¡No os alejéis mucho!» Y ella no quería ir, porque estaba demasiado lejos, y porque á aquella hora, tan tarde, ¡sola con él! Pero él la había rogado tanto y el cielo estaba tan hermoso, tan sereno, tan límpido, y el ambiente tan puro, y tan perfumada la campiña y tan olorosa, que no tuvo más remedio que ceder á sus ruegos é ir con él, y fué. Y se sentaron en aquel rústico asiento el uno al lado del otro; y apenas se hablaron una docena de palabras, y éstas breves, rápidas, apasionadas, y había pretendido coger su mano, que retiró despavorida ante la idea de encontrarse sola con aquel á quien tanto amaba, y había cerrado el puño que apretaba con gentil violencia, tanto que le fué indispensable desdoblarle los dedos uno á uno, y en cuanto lograba cogerle el segundo, volvía á cerrarse el primero, hasta tanto que, adolorida, la mano cedió y fué suya... Sojuzgado por los recuerdos de aquella hermosa tarde, el pobre mutilado, por una de esas ilusiones á que nos arrastra la fantasía á la vista de un sitio con el cual estamos unidos por medio de memorias que nos son muy gratas, dió al olvido cuanto había acaecido durante aquel tiempo; la guerra, la batalla, la herida, la pierna amputada: fijóse en su mente clara, distinta, desprendida de todos los dolorosos pensamientos que tanto le atormentaban, la idea de que al cabo de muy poco tiempo volvería á ver á aquella muchacha; el sentimiento de una dicha suprema se apoderó de su alma, hasta el punto de embriagarle, de desvanecerle, y movido por un irresistible impulso del corazón, hizo un

esfuerzo sobrehumano para incorporarse sin el auxilio de los brazos, y lo llevó á cabo con tal violencia, que los nervios inferiores de la pierna mutilada, fuertemente oprimidos contra la madera resultaron adoloridos, transmitiendo á la espalda una sensación agudísima de intenso dolor, que arrancó de sus labios un quejido, y sacándole de la encantadora ilusión de sus ensueños, para lanzarle al sentimiento profundo de la triste realidad, le hizo caer de nuevo boca abajo sobre los sacos del carro, con las manos entre el cabello, murmurando con acento amargo y presa de la desolación:

— ¡Oh! ¡En el estado en que me hallo, no puede quererme! ¡no puede quererme!

El molinero, que marchaba á pie delante del carro se volvió para decirle:

— ¿Os sentís mal?

Contestóle el soldado que no, y no hubo más.

El desgraciado permaneció largo tiempo inmóvil en aquella disposición, con gran ventaja para él; pues de haber mirado á la campiña, á cada paso se le habría ofrecido un objeto que, despertando en él nuevos recuerdos, le habría producido nuevas amargas.

Entretanto era aguardado en su casa por los parientes y los amigos, que avisados el día precedente de su próxima llegada, habían acudido alegremente á la casa paterna para festejarle y felicitarle.

En cuanto amaneció dejaron los padres las sábanas y se vistieron apresuradamente como muchachos á quienes se ha ofrecido un día de campo, después de lo cual comenzaron á dar vueltas por la casa, á abrir de par en par puertas y ventanas y á despertar con voces y palmadas á los menos madrugadores, diciéndoles:

— ¡Ea, muchachos; arriba!

Éstos, que se veían despertados de repente y cuando

menos lo esperaban, abrían los ojos y la boca, dirigiendo en derredor una mirada soñolienta, poniendo el semblante ceñudo y malhumorado de quien se ve interrumpido en lo mejor del sueño; mas en cuanto habían logrado desvelarse, y recordado por consiguiente la causa y razón de aquella desusada gritería, saltaban de la cama, vestíanse á prisa y corriendo, y dominados por la alegría común, unían sus voces y sus exclamaciones á las de sus padres, y saltaban y corrían, y tan pronto en la casa como en la era, en el camino como en el huerto, apresurábanse á llenar los cotidianos quehaceres, riendo, cantando, echándose pullas los unos á los otros y animándose mutuamente para que estuviera todo listo y en su punto á la hora de la llegada, que ya no podía tardar.

Al cabo de poco tiempo apareció anhelante la muchacha, la novia, que vivía no muy lejos de allí, acompañada de dos amigas, vestida con el traje de los días de fiesta, con flores en la cabeza entre el pelo, y contenta y alegre como unas pascuas. Dirigióse desde luego en busca de la madre; encontróla, se sonrió, ruborizóse, echóse en sus brazos, y desprendiéndose de ellos, haciendo ademán de quererla mirar á la cara, y decirle alguna agradable palabrita, comenzó á trajar por aquella casa, que miraba ya como suya, y la madre, y la novia y las amigas emprendieron alegremente la magna tarea de sacudirles el polvo á los muebles y asear las ropas, y barrer hasta los rincones más escondidos, y levantar las camas, y arreglar costales y removerlo todo, y sacudir en las ventanas las sábanas y los cobertores y á sacar de los armarios los candeleros de metal guardados para las grandes ocasiones, y á adornar por último con ramas de árboles y ramos de flores silvestres los vasares, las rejas de las ventanas y los marcos de las puertas y los de los cuadros de santos que adornaban las paredes. Y tal prisa se dieron, y con tan buen ánimo trabajaron que á la salida del sol aquella casa parecía una tacita de plata, aseada, limpia, perfumada

como un jardín, y hasta la era estaba limpia y barrida, al punto de no haber podido dar en ella con una brizna de hierba si para un remedio se hubiese buscado.

— ¡Vaya, y que no puede hacerse menos, para recibir á un soldado que vuelve de la guerra, y herido por añadidura!

Así decía la pobre vieja á las demás en cuanto hubieron terminado su labor, recorriendo uno en pos de otro los aposentos, y haciendo notar llena de complacencia el orden y el arreglo de toda la casa.

Las jóvenes salieron á la era, la madre se quedó dentro de la casa, llamó á la muchacha, que acudió saltando, tomola de la mano, acompañola á su aposento, y ya en él, empujándola suavemente hasta colocarla delante de un espejillo, le dijo:

— Mírate: se te ha soltado el cordón.

— ¡Oh, Dios mío! y ¿cómo habrá sido esto?— dijo la muchacha con semblante contrariado.

— Muy sencillamente, como que penden ramas de todas partes, y tú corre que te corre de aquí para allá lo mismo que una nevatilla, sin cuidarte de bajar la cabeza... Siéntate.

Y la muchacha se sentó, y la madre, colocándose á su espalda, acabóle de soltar las trenzas, arreglóle de nuevo el pelo, y abarcándosele estrechamente con una de sus manos, á fin de tener tirantes los cabellos y podérselos ceñir con la otra con el cordón, jugueteaba con ella tirándole suavemente toda aquella abundosa mata de pelo, obligándole á inclinar poquito á poco la cabeza hacia atrás, y en esta situación le cogía la barbilla entre sus dedos, ó le hacía cosquillas en la garganta, con lo cual la muchacha se revolvió en su asiento riéndose como un chiquillo á quien se acaricia porfiadamente. Hízole las trenzas; clavóle la peineta, pasó dos ó tres veces su mano sobre el pelo para que resultara alisado y lustroso, y después, colocándose encima de los hombros, la estuvo contemplando buena pieza, le dió un beso y se alejó, diciéndole:

—Vamos.

Levantóse la muchacha, y la siguió sin apartar la mirada del espejo, hasta tanto que penetró en un aposento cercano. Ya en él, dejó que la madre saliera, levantó del suelo uno de sus pies y apoyándose en el otro, dió sobre él un par de vueltas, acurrucándose en seguida, y volviendo atrás la cabeza, para mirar con grata complacencia la saya hinchada por el viento cual si se hallara ahuecada por medio de aros. Después de lo cual dirigióse á su vez á la era.

Los demás, desparramados por ésta y á lo largo del camino cerca de la casa, cual si tuviesen azogue en el cuerpo y no pudiesen permanecer quietos un solo instante, iban continuamente de aquí para allí, y al encontrarse y al pasar el uno junto al otro, se miraban, se sonreían ó soltaban alguna pulla, animándose mutuamente y aumentando por tal manera la alegría en todos los corazones. En cuanto al hermano de la novia, cada vez que pasaba por su lado ó le tiraba un pellizco para darse el gustazo de arrancarle un grito, ó poniéndose á su espalda la cogía por ambos codos, juntándose los uno con otro, con lo cual la muchacha le amenazaba con darle un cachete, acompañando la amenaza con un «anda allá, fastidioso,» que le volvía loco de contento. Las amigas por su parte la llamaban á un lado, y agrupándose junto á ella le decían al oído no sé qué cosas, que terminaban en una carcajada general, y después cada una echaba á correr por donde mejor le parecía. De cuando en cuando poníase delante de ella el padre, y con ademán serio y rostro grave, le decía:

—Vamos, que no viene.

—¿No viene? ¿Por qué? ¿Quién lo ha dicho?—preguntaba la chica acongojada y demudado el semblante.

—Pues... me lo figuro, — decía sonriendo el viejo.

—¡Miren qué gracia! — exclamaba ella suspirando y serenándose de repente. — ¡Ya decía yo!... ¡Si él no ha faltado nunca á su palabra!

Y dirigiéndose á la madre, que permanecía en pie junto á la puerta, con la mano puesta sobre las cejas á guisa de pantalla y mirando en dirección al camino, le preguntó:

—Madre, ¿se ve algo?

—Sólo distingo un carro; pero allí á lo lejos.

Y la muchacha continuó bromeando con el viejo sin preocuparse poco ni mucho por lo que éste le dijera.

El carro entretanto había llegado á la distancia de unos trescientos pasos de la casa, y en el corazón del soldado se había verificado un cambio por demás extraño. Dijérase que no tenía verdadera conciencia de su estado, que ignoraba á dónde iba y que se hubiese desvanecido de su mente el recuerdo de los sitios que atravesaba: tan ensimismado permanecía y con tanta fijeza contemplaba el conjunto de su casa, cuyas puertas y ventanas comenzaban á descubrirse distintamente, y si por acaso de ella la apartaba para mirar el campo, las casas y los huertos más cercanos al camino, hacíalo como distraído y estupefacto. Acercábase á su morada como pudiera hacerlo á un sitio desconocido: en su corazón, al parecer, se había extinguido la sensibilidad. Tal acontece en nuestra naturaleza: sufrimos con fría impassibilidad y con una especie de muerto abandono el exceso de aquellos dolores que en un principio nos parecieron irresistibles. Por esto aquel desgraciado, cual si hubiese perdido de repente el presentimiento de la desolación en que su vista iba á sumir á toda su familia, con la boca abierta y los ojos fijos, ponía toda su atención en el monótono rumor del carro; ó dando una palmada á uno de los sacos, contemplaba atónito la blanca nubecilla que con el golpe se produjera; ó abrochaba y desabrochaba distraídamente las correas unidas á la horquilla con que terminaba el aparato de madera en el cual introducía la pierna amputada y sobre el que descansaba el muñón de su muslo; ó empuñando una de las muletas por cerca del apoyo, sacudía ligeramente con el otro extremo la